

pareció demasiado enorme para que se creyese poder dispensarle de una severidad capaz de infundir terror y espanto. El obispo de Munster quiso interrogarle, y el prisionero manifestó en las cadenas tanta altivez como si estuviese todavía sentado en su trono. Habiéndole preguntado el prelado con qué derecho y autoridad se había apoderado de Munster, en lugar de responder, preguntó él al obispo que con qué autoridad pretendía que aquella ciudad le perteneciese. El obispo sin manifestarse ofendido, le dijo que su cabildo le había elegido, y que el pueblo le había aceptado. «Y á mí, replicó el fanático, me ha escogido Dios para mandar á toda la tierra, y he sido reconocido en esta calidad por todos los que son verdaderos fieles.» Reconviniéndole luego el obispo con los perjuicios irreparables que había causado, aunque solo se atendiese al incendio de los edificios, de los libros y de los ornamentos consagrados al culto divino; «encerradme, respondió, en una jaula de hierro cubierto con un cuero, y paseadme por todas partes, no exigiendo mas que un ochavo por cada persona que desee verme, y por este medio recogeréis mas dinero que el que yo os he causado de pérdida y el que os ha costado mi derrota.» El obispo cansado de su insolencia le dejó, y fué condenado á muerte.

Atáronle á un poste, donde los verdugos con tenazas ardiendo le pusieron todo el cuerpo hecho una llaga por espacio de una hora entera. Pero ¡cuán elevado se manifestó el Señor sobre el hombre, particularmente en la efusion de sus misericordias! Durante este horrible y desesperado suplicio, el culpable abandonado poco antes á la perversidad de su corazón hasta el delirio del fanatismo y al trastorno casi entero de la razón, fué instantáneamente tocado de arrepentimiento, manifestó una paciencia admirable, y pidió perdón á Dios con los

sentimientos mas vivos de piedad y compuncion. Siendo ya imposible usar de la tenaza sin atenazarle las mismas llagas, y sin exasperar bárbaramente sus dolores, temieron cambiar sus sentimientos de Religion en desesperacion, y con una espada le dividieron el corazón. Sus principales cómplices, que fueron ajusticiados con él, lejos de entrar en las disposiciones cristianas que él acreditó hasta el último suspiro, se endurecieron al parecer mas con este espectáculo, y murieron sin reconocer sus extravíos ni retractar sus errores.

Juan de Geleen, á quien Juan de Leyden había encargado antes de su caída la conquista de Amsterdam, formó para esto un partido poderoso compuesto de anabaptistas de Frisia y de Holanda que debían salir todos juntos en un día señalado, y en el momento que comenzase á sonar la campana de la casa de la ciudad. La conspiracion fué descubierta, pero precisamente en el día de la ejecucion, de suerte que la ciudad toda se conmovió y se vió en extremo peligro. Los magistrados y ciudadanos mas principales se defendieron con mucho valor y hubo en el combate una gran carnicería de una y otra parte. Los fanáticos cedieron por último, y no pudiendo escaparse porque les cargaban por todas partes, se metieron en la casa consistorial, donde fueron tambien forzados. Juan de Geleen subió á una torre llevando la escala consigo; pero al tiempo de asomarse para animar á los suyos que aún peleaban, recibió una bala de mosquete que le precipitó de la torre á la plaza del mercado; despues de lo cual ya no hubo mas que una carnicería de todos los fanáticos, á quienes se mataba en todas las calles como á bestias feroces (1).

Los magistrados se ocuparon luego en

(1) *Hist. de los Anabapt. impresa en Amsterdam en 1700 n. 33.*

buscar á Campen, creado obispo de Amsterdam por Juan de Leyden, y capaz de avivar por sí solo el incendio que humeaba todavía; pero mantúvose oculto con tanto cuidado, que pasaron cerca de seis meses sin descubrirle. En fin, se le halló entre un monton de céspedes, de donde se le llevó á la cárcel. Despues de una sentencia en forma, le espusieron por espacio de mas de una hora en el cadalso, teniendo en la cabeza una mitra de papel, á fin de que sirviese de escarnio al populacho: luego le cortaron la lengua y la mano derecha, órganos de la blasfemia y del sacrilegio; y en fin, le ataron sobre un banco donde con una hacha le separaron la cabeza del cuerpo. Este fué arrojado al fuego, y la cabeza y la mano, colgadas de un garfio elevado, quedaron espuestas para escarmiento. De este modo fueron esterminados los anabaptistas de Munster y de los Países-Bajos. Pero el asilo que una falsa compasion abrió á algunos de ellos en Inglaterra, donde el odio del nombre romano lo legitimaba todo, fué infinitamente perjudicial á este reino que ya era presa de divisiones intestinas.

La supremacia del rey adoptada casi unánimemente por el parlamento y el clero, era efecto del temor mas bien que de la persuasion; y así despues de las primeras impresiones del terror, se hizo oír la voz de la conciencia, y se levantaron muchos contradictores. Enrique VIII comenzó entonces el papel de perseguidor, para continuar desempeñándole mientras duró su vida. Primero fueron inmolados á su resentimiento varios religiosos, los mas celosos entre los ingleses, como que eran los que menos temían que perder. Despues de algunos ensayos de esta especie, fáciles de ejecutar en victimas inferiores, acometió á otras mas distinguidas. Tomás Moro, que había renunciado el empleo de gran canceller, y Juan Fischer, obispo de Rochester, eran mirados

como los hombres mas grandes de Inglaterra en ciencia y probidad. Fischer prestó no obstante al principio el juramento de supremacia, sin coocer bien su pecado, porque añadió este correctivo: *salva la obediencia debida á la ley de Dios*. Mas no tardó mucho en arrepentirse, y en pleno consejo él y Moro se negaron á suscribir á la acta legal que establecía esta primacia. Lo único que alegaron para negarse á firmar, fué que su conciencia y el interés de su salvacion eterna no les permitían hacerlo. Como les replicasen que debían reformar ó rectificar su conciencia engañosa por las decisiones del gran consejo del reino, que era mucho mas ilustrado que ellos, replicó Moro: «Si yo fuese solo contra el parlamento, seguramente desconfiaría de mí mismo; pero si el gran Consejo de Inglaterra está contra mí, yo tengo en mi favor el gran Consejo de la cristiandad, que es la Iglesia católica (1).» Fischer respondió lo mismo aunque en otros términos. Arrebatado de despecho el rey, los envió á la torre, mandó quitarles pluma y papel, privó al obispo de todas sus rentas, y apenas le dejaron algunos malos vestidos para defenderse del frio; de tal suerte que este venerable anciano, de edad de ochenta años, hizo suplicar al ministro que le mandase dar alguna ropa con que cubrirse; y se duda que se le diese.

No bastando á los designios del rey esta prision rigurosa que duró un año, resolvió quitar la vida á aquellos dos grandes personajes, á fin de intimidar á todos los que pudiesen oponer el mismo obstáculo á la seduccion. Entretanto el obispo de Rochester fué creado cardenal en su encierro. Paulo III se propuso inspirar con esto mas veneracion á aquel ilustre prisionero, é impedir á lo menos que se atentase á su vida; pero antes bien este paso solamente sirvió

(1) Burn. l. 2, p. 227; Sander. l. 1, p. 105.

para redoblar los recelos del príncipe, quien mandó inquirir si el prelado había solicitado este honor, ó si á lo menos había tenido de él anticipadamente noticia. El santo anciano respondió que, gracias al cielo, jamás había tenido ambicion ni aun en sus floridos años; y que aun cuando se le hubiera querido atribuir este sentimiento en otro tiempo, el estado en que se hallaba, aun prescindiendo de su avanzada edad, su prision, sus cadenas y la muerte de que estaba amenazado á cada instante, le justificaban suficientemente. El rey, lejos de aquietarse con esta respuesta, dijo, insultando al Papa: «En hora buena, que envíe su capelo cuando quiera; pero cuando llegue ya no existirá la cabeza para que se destina.» Mandó hacer inmediatamente el proceso al santo confesor, el cual, antes de acabar el mes, fué condenado al suplicio de los reos de lesa magestad. Cuatro dias despues le cortaron la cabeza (1).

Habia gobernado la iglesia de Rochester con grande edificacion por espacio de treinta años. Su doctrina igualaba á su virtud. A juicio de los críticos mas hábiles (2), pasa por uno de los escritores que refutaron mejor los errores de Lutero, de OEcólampadio y de otros novadores de su tiempo. Se asegura que tuvo mucha parte en el tratado de Enrique VIII contra Lutero, y aun se añade que habiéndose encargado de todo el trabajo, abandonó la gloria de ello á su príncipe, en cuya gracia se conservó hasta el incidente del matrimonio. Por esta razon sin duda se ha contado esta obra, intitulada: *Defensa de los siete Sacramentos*, la primera entre las de Fischer. Era excelente teólogo, consumado en el estudio de la Escritura, de los Padres y de las lenguas sábias, dotado

(1) Ciacon. t. 3, p. 374.

(2) Bellarm. de Script. Eccl.; Dupin, Bibl. t. 44, p. 145.

de un juicio sóbrio y sólido, y uno de los mas eruditos, mas exactos y mas concluyentes escritores del siglo diez y seis.

Cuando Moro supo la muerte de Fischer (1535) se puso en oracion, y dijo á Dios que se reconocia indigno de la gloria del martirio; pero que no obstante la distancia que habia de él al santo obispo que azababa de sufrirlo, suplicaba á su infinita bondad que le hiciese participante de los mismos sufrimientos y de la misma corona. Despues de estas palabras saltaron de sus ojos algunas lágrimas, y atribuyéndolas sus amigos á temor, creyeron poderle resolver á que se sometiese. Muchas personas de distincion fueron á hablarle con este designio, pero no pudieron adelantar nada sobre un alma, cuya sensibilidad no debia servir mas que para realzar su heroismo. Su muger fué despues de todos los demas, y le suplicó en los términos mas tiernos que no abandonase una esposa que le adoraba, unos hijos á quienes jamás habia sido tan necesario, su patria, su fortuna, su vida en fin, cuyo hilo iba á cortarse en el punto mas floreciente de su carrera. Como ella insistia sin cesar sobre este último artículo, le preguntó Moro, que cuánto tiempo la parecia que podria vivir todavia. «Por lo menos veinte años, le respondió la esposa, y puede ser muy bien que treinta.» «¡Veinte ó treinta años! replicó aquel grande hombre. ¿Qué viene á ser ese término, y todo espacio finito, en comparacion de la eternidad?» Cuando vieron su perseverancia inmutable, llegó la persecucion hasta el extremo de quitarle sus libros que le servian de consuelo, y privarle de pluma y papel, á fin de que no tuviese mas trato con persona alguna. Desde entonces tuvo sus ventanas dia y noche cerradas, para conversar continuamente con Dios. Habiéndole preguntado el alcaide por qué se condenaba á sí mismo á estas tinieblas afflictivas, respondió: «Es preciso cerrar el ta-

ller cuando están cerrados todos los instrumentos (1).»

Interrogáronle de nuevo los comisarios qué era lo que pensaba del estatuto que establecia al rey jefe de la iglesia anglicana. «¿Qué preguntais, dijo primeramente, qué preguntais á un hombre tratado en Inglaterra como extranjero, como un enemigo público, y como un miembro cortado del Estado?» Estrechándole á que se esplicase, y viéndose el confesor casi seguro del martirio, habló de esta manera: «Por la gracia de Dios siempre he hecho profesion de la Religion católica y romana. No obstante, habiendo oido decir frecuentemente que la potestad del Papa no era mas que de derecho humano, quise profundizar esta cuestion, pero sin alterar jamás mi creencia. Me he aplicado á este estudio por espacio de siete años enteros, he buscado las fuentes, y me he remontado hasta el primer origen de las cosas. En fin, he hallado que el poder pontificio, que se acaba de abrogar temerariamente, por no decir otra cosa, es no solamente útil, sino necesario, estrictamente legitimo, y de derecho divino. Esta es mi creencia, en la cual, con la gracia del Señor, espero morir (2).»

Sus jueces le acusaron de rebelion y de traicion; y el duque de Norfolk le dijo que se manifestaba claramente el odio que tenia al rey. «Yo soy, replicó Moro, quien ha de dar cuenta á Dios de mi fidelidad. ¡Ojalá me fuese él tan favorable como yo he sido siempre fiel y afecto á mi príncipe!» Tomás Andley, cortesano sin conciencia y que por esto mismo le habia sucedido en la dignidad de canciller, le preguntó si se creia mas hombre de bien y mas ilustrado que tantos obispos, abades y eclesiásticos de todas las órdenes, que tantos jueces, que toda la no-

bleza de Inglaterra, que el Parlamento, y en fin, que todo el reino. «A un obispo de vuestro partido, replicó Moro, puedo yo oponer ciento cuya fé ha sido ya coronada en el cielo. Y la nobleza de Inglaterra ¿puede entrar en comparacion, ni aun por su número, con los mártires y los innumerables confesores que han dado testimonio de mi creencia? Por lo que hace al Parlamento, el cual ha obrado sin libertad en esta ocasion, ¿igualará su autoridad á la de los concilios generales celebrados en tantos centenares de años? En fin, decís que toda la Inglaterra favorece á vuestra opinion; pero la Francia, la España, la Italia y todo el resto de la cristiandad, el oráculo de todos los cristianos, la Iglesia católica, la aborrece y la reprueba.» Temieron los jueces dejarle continuar hablando en presencia del pueblo, y así le notificaron su sentencia de muerte, y le volvieron á la prision.

Una de sus hijas, llamada Margarita, jóven singular, á quien entre otras cosas habia enseñado las lenguas griega y latina, y la amaba tiernamente, le salió al encuentro en el camino para decirle el último adios. Moro la abrazó afectuosamente, y la dió su bendicion, sin que se advirtiese en el padre cosa alguna que desmintiese la generosidad de su comun sacrificio (1). La vispera de su suplicio, que fué diferido algunos dias, escribió Moro todavia á esta hija querida, valiéndose de un carbon y de algun retazo de papel que le vino á las manos, que en breve dejaria de ser gravoso á todos; que ardia en deseo de ver á Dios, y de morir al dia siguiente. Este dia era el de la octava del Santo Apóstol cuya primacia defendia, y á un mismo tiempo el de la traslacion de Santo Tomás de Cantorberi, á quien tenia una devocion particular. Dios le concedió un consuelo tan cristiano. En este momento

(1) Epist. card. Schomb. t. 3, ep. princip.

(2) Sander. l. 1, p. 127.

B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

(1) Staplet. vit. Mor.; Sander. l. 2, p. 130.

deseado, hallándose al pie del suplicio, como la escalera no fuese muy cómoda, dijo á un criado del verdugo: «Dame la mano para subir, que no tendré necesidad de ella para bajar.» Después de haber hecho la oración acostumbrada con mucha serenidad, y cantado el salmo *Miserere*, tomó al pueblo por testigo de que moría en la profesión de la fe católica, apostólica, romana. Inmediatamente puso la cabeza sobre el tajo, sin que estos aparatos le causaran la más leve conmoción, y sufrió la muerte, no solamente con la constancia, sino también con la santa alegría de los más generosos mártires. Toda la Inglaterra lloró á vista de este espectáculo, y los verdaderos cristianos creyeron haberlo perdido todo en la persona de este ilustre defensor de la Religión. El temor de ofender al rey, aunque impidió dar á Fischer los honores de la sepultura, no hizo impresión alguna en la hija de Moro, pues ella cumplió con intrepidez estos últimos deberes para con un padre tan querido, le hizo sepultar con grandes honores; y la piedad filial intimidó á la misma tiranía, que no intentó jamás inquietarla. El historiador Burnet no puede dejar de convenir en que la muerte de Fischer y de Moro son dos borrones en la vida de Enrique VIII (1).

Este príncipe, después de haberse teñido de una sangre tan preciosa se mostró insaciable de derramarla. Llevaba de reinado más de veinte años, sin haber quitado la vida por crimen de estado más que á dos personas, cuyo suplicio no se le puede reprehender; pero en los doce últimos años de su vida, es decir, cuando su papel usurpado de jefe de la iglesia había depravado hasta su natural y no le dejó por guía más que su sentido réprobo, vino á ser uno de los tiranos más sanguinarios y ya no tuvo

medida en el rigor de sus asecuciones; esceso mucho más injusto, cuanto que revestía su injusticia con las formas y todo el aparato del derecho. Hizo leyes espresas para condenar los acusados sin oírlos, y para tenderles lazos en los trámites del foro (1). Llegó á persuadirse que todos sus súbditos debían arreglar su fe á sus decisiones. En una palabra, la primacía eclesiástica que le habían deferido sus pueblos, le abismó en un laberinto de prevaricaciones y de tiranías tan odiosas, que un hombre honrado, según las propias espresiones del protestante Burnet, no podría excusarle. ¿Es este el carácter de un reformador digno de ser seguido, ó de un feroz soberanador, abandonado por la divina justicia á la perversidad de su corazón y que por sí mismo se ofrece á la infamia (2)?

Poco tiempo antes de la muerte de Fischer y de Moro había hecho Enrique por igual motivo fuesen llevados al suplicio un doctor de la abadía de Sion, tres cartujos y un clérigo secular. Después de ahorcados hizo abrirles el vientre para arrancarles el corazón y las entrañas, y dividieron sus cuerpos en cuartos. Este proceder carniceró fué el que más complació al tirano, y el que vino á ser ordinario para con los fieles defensores de la unidad católica. Desde aquel tiempo el terror y una negra tristeza se derramaron por toda Inglaterra, en la que no había ningún hombre de bien que no tuviese motivo de temblar por su propia vida. Entre éstos uno de los más ilustres, Reginaldo Polo ó Pool, pariente cercano del rey, corrió riesgo de ser víctima de los furores personales de este príncipe, el cual después de haber echado muchas veces la mano á la espada para matarle, le redujo en fin á estrafiarse

(1) Burn. in. praef.

(2) Bossuet. Hist. de las Var. l. 7. n. 16.

(1) Burn. t. 1, p. 199.

voluntariamente del reino (1). Con los excelentes estudios que había empezado en Inglaterra y perfeccionado en las academias más célebres y con el trato de los sabios más distinguidos de toda Europa, había adquirido Polo vasta erudición, grande elocuencia, y el arte de escribir y de pensar noblemente; y las ciencias, que muchas veces dañan á la modestia, solo sirvieron de hacer brillar más la suya. Enrique VIII, que apreciaba tantas virtudes y talentos, quiso hacer uso de ellos para ganar á los doctores de París cuando mandó consultar á esta universidad el asunto del matrimonio; mas habiéndose excusado Polo, aunque con otro pretexto, de tomar la menor parte en una empresa que él detestó constantemente, experimentó desde entonces tibieza en el afecto con que el rey le honraba. Es también constante, á pesar de cuanto dicen en contrario diferentes escritores, por otra parte respetables, que se negó rotundamente á asistir á la asamblea del clero que dió al rey el título de jefe de la iglesia anglicana. El mismo Polo nos lo dice formalmente; y este testimonio, como del escritor que mejor podía saberlo, debe tener lugar de demostración (2). La mentira, si fuese dable sospechar de su candor, solo habría servido para cubrirle de más oprobio, en un tiempo en que sus cómplices, todos ó casi todos vivos todavía, no hubieran dejado de desmentirle. El furor de Enrique contra Polo llegó al extremo de poner precio á su cabeza.

El primer acto que hizo de su primacía fué dar á Cromwel (nombre entregado desde este siglo á la execración pública) la cualidad de vicario general suyo en lo espiritual y de visitador de los conventos y de todos los privilegiados de Inglaterra. Cromwel, hijo de un herrero de Pulney y mal arte-

sano él mismo, soldado después, y por último criado del cardenal Wolsey, con su aplicación, con alguna inteligencia y mucha intriga, se unió á los intereses de Ana Bolena respecto de las nuevas doctrinas, y lisongeó tanto las inclinaciones del rey, que este príncipe le hizo sucesivamente barón de Oukam, guarda del Real sello, secretario de Estado, canciller del orden de la Jarretiera, conde de Essex, gran camarero, primer ministro, y en fin, su vice-gerente en los negocios espirituales, con potestad de presidir las asambleas del clero y de conocer de todas las materias eclesiásticas. Desempeñó este oficio como podía esperarse de un hombre que juntaba á la ignorancia todas las prevenciones que la son casi inseparables y las groseras pasiones de las gentes de su esfera. Se le ha pintado en dos palabras cuando se dijo de él que arruinó en todas partes y no edificó en ninguna cosa grande. Uno de los primeros consejos que dió al rey fué el de suprimir los monasterios (1). Cromwel miraba esta supresión como un golpe ventajoso para establecer el luteranismo en el reino: al rey lo aplaudió como un medio indirecto de satisfacer su codicia y de saciar su odio contra los religiosos, á quienes miraba como á los más firmes partidarios de la primacía romana (2). Sin embargo, cuando hubo sondeado la disposición de los ánimos, reconoció que no podía suprimir á un tiempo todas las casas religiosas, sin indisponer contra sí la mayor parte de sus súbditos; y procedió por grados, cubriéndose todavía con el celo de la regla ó de la reforma. A este efecto ordenó una visita general de monasterios, en la que se tomaría razón del estado de los bienes, del número de religiosos y del modo con que practicaban las observancias de su orden. Los

(1) Dudth. in Edic. Card. Queris. t. 1. p. 7.

(2) Ib. p. 248 et 249.

(1) Sander. l. 4. p. 133.

(2) Burn. t. 1. p. 248.